

como embriagada, y de tal manera encendida y tan fuera de mí, que no podía pronunciar una sola palabra. No podía dormir, porque esta llaga, cuyo dolor me es precioso, me causaba tan vivos ardores que me consumía y me hacía arder viva. Sentíame tan llena de Dios, que no podía expresarlo á mi Superior como hubiera querido, á pesar de la pena y confusión que siento en decir semejantes favores.

«Desde aquel día, cada primer viernes de mes, el sagrado Corazón de mi Jesús se me representaba como un sol brillante cuyos ardorosos rayos caían á plomo sobre mi corazón; y entonces me sentía abrasada de un fuego tan vivo que me parecía iba á reducirme á cenizas.

«En aquellos momentos particularmente era cuando mi divino Maestro me instruía y descubría los secretos de su adorable Corazón.»

¡También nosotros, Jesús, Señor y Salvador nuestro, á pesar de nuestra indignidad y de nuestras miserias, ó más bien á causa de las mismas, queremos estar expuestos á los benéficos rayos de vuestro Santísimo Corazón; queremos que esas llamas divinas consuman nuestra tibieza, y que nos purifiquen de todos nuestros pecados!

¡Oh Jesús, rocío del cielo, llama de amor y manantial de la gracia! abrasad, purificad y poseed todo mi corazón! ¡Oh divino Amor! creced y reinad en mí; multiplicaos y reinad en toda la tierra como en el Paraíso de los Bienaventurados!

## II

Segunda revelación del sagrado Corazón á la beata  
Margarita María

«Un día, escribe esta santa Religiosa, estando expuesto el Santísimo Sacramento, me sentí retirada á mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias. Jesús, mi dulce Dueño, vino á mí resplandeciente de gloria con sus cinco llagas que brillaban como soles. De aquella santa humanidad irradiaban llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno, y que, abierto á mis miradas, me descubrió su amabilísimo Corazón, que era la fuente viva de aquellas llamas.

«Dióme á conocer al mismo tiempo las maravillas inefables de su puro amor, y hasta qué exceso había llevado este amor hacia los hombres. Lamentó su ingratitud, y me dijo que de todos los sufrimientos de su Pasión este le había sido el más sensible. —«Si me correspondiesen, añadió, cuanto hice por ellos sería «poco á mi amor. Pero no tienen para mí más que «frialdad, y á mis amorosas ansias responden sólo «con el desdén. Dame tú al menos, mi hija amada, «el consuelo de suplir á su ingratitud cuanto te sea «posible.»

«Y como yo le manifestase mi insuficiencia, me

contestó: —«Toma, ahí tienes con que suplir á todo lo que te falta.»—Y al mismo tiempo, abriéndose su divino Corazón, salió de él tan ardiente llama, que pensé iba á consumirme: penetróme toda, y no pudiéndola ya sufrir, le pedí que se apiadase de mi debilidad. —«Yo seré tu fuerza, me dijo entonces bondadosamente; nada temas. Pero presta atención á mi voz, y disponte á cumplir mis designios.

«Primeramente, me recibirás en la santa Comunión cuantas veces te lo permita la obediencia, no obstante cualquiera mortificación y humillación que de esto te proviniere: estas son prendas de mi amor.

«En segundo lugar, comulgarás además todos los primeros viernes de cada mes.

«En tercer lugar, todas las noches del jueves al viernes te haré participante de aquella tristeza mortal que sentí en el jardín de las Olivas; y esta participación de mi tristeza te reducirá á una especie de agonía más insoportable que la muerte. Me acompañarás en la humilde oración que presenté entonces á mi Padre en medio de todas mis angustias; y para esto te levantarás entre once y doce de la noche, y permanecerás postrada conmigo durante una hora con el rostro en tierra, tanto para apaciguar la cólera divina pidiendo misericordia por los pecadores, como para honrar y endulzar en algún modo la amargura que sentí por el abandono de mis Apóstoles, lo que me obligó á reconvenirles

«porque no habían podido velar conmigo una hora. «Durante esta hora harás lo que te enseñaré.»

«Y Jesús añadió: —«Mas escucha, hija mía, no creas ligeramente á todo espíritu, ni te fies de él. Satanás, furioso contra tí, busca cómo engañarte. Por esto no hagas nada sin la aprobación de tus superiores, á fin de que, encontrándote apoyada en la obediencia, no te pueda dañar, pues no tiene poder sobre los obedientes.»

«Mientras duró esta celeste visión no sabía dónde me encontraba. Cuando hubo terminado, estaba toda fuera de mí, encendida y temblorosa; no podía sostenerme ni hablar.»

Después de esta sagrada aparición, era tan vivo el dolor que continuamente sentía la beata Margarita, tan violento el fuego del amor que la abrasaba, que no pudiendo soportarlo, cayó enferma, y estuvo á punto de morir. «El fuego que me devoraba, dice, me produjo una calentura fuerte y tenaz; pero en el exceso de mi alegría en sufrir, no podía quejarme, y nada de esto manifesté hasta que me faltaron las fuerzas. La calentura duró más de dos meses. Jamás sentí tanto consuelo, porque todo mi cuerpo sufría extremos dolores, y esto aliviaba un poco la ardiente sed que tenía de sufrir, no alimentándose este fuego divino más que del madero de la cruz, es decir, de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores. Todos creían próximo el fin de mi vida.»

En vez de morir, la beata Margarita sanó súbita y sobrenaturalmente, habiéndole pedido sus superiores esta señal de la realidad de la visión, que había tenido que participarles en virtud de santa obediencia. Nuestro Señor le devolvió así milagrosamente la salud ó más bien la vida por medio de la Santísima Virgen. La Madre de Dios se dignó aparecérselle; la bendijo, la consoló largamente, y apenas concluyó la visión, sor Margarita María pudo levantarse, salir de la enfermería y volver á los ejercicios de religiosa. Toda la Comunidad vió, llena de estupor, andar libremente á la que pocas horas antes parecía no quedarle un soplo de vida. Así la revelación del misterio del sagrado Corazón recibió desde su origen el sello divino de la certeza, el sello del milagro.

¡Con qué fe tan profunda y con qué amor debemos, pues, honrar, invocar y adorar al divino Corazón de Jesús!

¡Oh dulce Jesús mio! encended en mi corazón ese ardiente fuego en que se consume el vuestro; que un celo ilustrado lo abraze, y que el espíritu que dirigió vuestras obras, dirija también las mías. Que mi alma, oculta en el retiro de vuestro Corazón, viva muriendo á sí misma, y que olvidando las locas alegrías del mundo, se una para siempre á Vos.

### III

#### Tercera revelación del Corazón de Jesús

Una nueva gracia, más importante aún que las precedentes, recibió la beata Margarita del sagrado Corazón. Era durante la octava de Corpus, y estaba en adoración en la capilla del monasterio. Sentíase movida extraordinariamente á devolver á su Salvador amor por amor. Arrebatada y fuera de sí, vió á Jesús que le descubría su divino Corazón, y le decía: «Mira este Corazón, que tanto ha amado á los hombres, hasta el extremo de anonadarse y consumirse para testificarles su amor. En pago de este sacrificio sólo recibo de la mayor parte de ellos ingratitudes, á causa de los desprecios, las irreverencias, los sacrilegios y la frialdad con que me tratan en este Sacramento de amor.

«Pero lo que me es aún más sensible, es que me traten así corazones que me están consagrados.

«Por esto te pido que el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, se consagre á celebrar una fiesta particular para honrar mi Corazón, desagraviándole públicamente, comulgando en dicho día para reparar los indignos tratamientos que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias

de su divino amor sobre los que le tributen este honor y trabajaren para que del mismo modo le honren los demás.

—«Pero dulce Señor mío, le replicó Margarita toda confusa, ¿á quién os dirigís? ¿á una criatura tan ruín, á una pecadora tan miserable, que su indignidad será capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios?»

—«¡Y qué! le respondió el divino Maestro, ¿no sabes que me sirvo de los débiles para confundir á los fuertes, y que ordinariamente hago brillar mi poder con más esplendor sobre los pequeños y pobres de espíritu, para que nada se atribuyan á sí propios?»

—«Pues entonces, dijo la beata Margarita, dadme como pueda hacer lo que me mandais.» Y Jesús añadió: «Dirigete á mi siervo (era éste el P. de la Colombière, director de sor Margarita María, y religioso muy ejemplar de la Compañía de Jesús), y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar esta alegría á mi Corazón.»

Instruido de esta orden del divino Maestro, el santo religioso obedeció con fervor. El viernes después de la octava de Corpus (21 de Junio de 1675), se consagró enteramente como víctima de adoración y de reparación al Corazón adorable de Jesús. Persuadió á varias personas piadosas á hacer otro tanto, y á practicar fielmente las reglas trazadas por Nuestro Señor á sor Margarita María tocante á la frecuente Comunión, y especialmente la Comunión reparado-

ra del primer viernes de cada mes, como también la del primer viernes que sigue á la octava de Corpus. Los efectos de esta santa práctica fueron maravillosos.

Séanlo también en adelante para nosotros y en nosotros. Si, es preciso que para entrar en los misericordiosos designios de nuestro Salvador, sigamos también humilde y amorosamente los consejos que Él mismo se dignó dar á su bienaventurada Sierva.

Ante todo reanimemos nuestra fe y nuestro celo respecto á la divina Eucaristía, y pongamos mucho cuidado en evitar esas negligencias é irreverencias de que se queja Nuestro Señor. Permanezcamos en su presencia con profundísimo respeto siempre que esté expuesto en los altares, cuando oigamos la santa Misa ó entremos en cualquier iglesia donde Él resida; adorémosle con amor humilde, y postrados á sus piés démosle, de lo íntimo de nuestro corazón, pública satisfacción de nuestras culpas, como expresamente lo tiene pedido.

Además de esto, comulguemos en adelante con más frecuencia y con mejores disposiciones que hasta aquí. «Me recibirás en la santa Comunión cuantas veces te lo permita la obediencia.» A nosotros, no menos que á la beata Margarita, van dirigidas estas palabras de Jesús. Su sacratísimo Corazón nos llama á todos á la sagrada Mesa. ¡Oh! ¿cuándo llegará el día en que todos escuchen esta voz y acudan á es-

te llamamiento? En los designios de Jesús, como dice el Concilio de Trento repitiendo las palabras de Santo Tomás, San Agustín y San Ambrosio, «el Pan eucarístico es nuestro pan cotidiano; se le recibe todos los días como remedio de la enfermedad de cada día. Recibámosle, pues, todos los días, á fin de que todos los días nos aproveche. Pero vivamos de suerte que merezcamos recibirle diariamente.» Esta es la gran regla práctica de la Comunión; este el deseo de la Iglesia; este el clamor del Corazón de Jesús. Mostremos á nuestro Padre espiritual un alma tan francamente buena, tan sinceramente animada de buenos deseos y de celo por el servicio de Jesucristo, que pueda decirnos estas consoladoras palabras: «Vé, hijo mío, vé con toda confianza, y recibe, si es posible, cada día al Dios de tu corazón.» ¡Cuánto cambiaría la faz del mundo si muchas almas entrasen resueltamente en este camino de bendición, de amor, de fervor, de salud!

Finalmente, según el precepto de nuestro dulce Dueño, consagrémonos de una manera especial á la adoración reparadora el primer viernes de cada mes, y hagamos en él con espíritu de penitencia y humildad la Comunión que Jesús pide á todos los «discípulos de su sagrado Corazón.»

Si, Jesús dulcísimo, celador de las almas, que encontráis vuestras delicias en estar entre los hijos de los hombres; verdadero Pan de vida, nuestras almas esperan saciarse con Vos. No las despidáis ham-

brientas, porque caerán desfallecidas en mitad de su camino. Venid á nuestro espíritu, y alumbradlo con vuestros resplandores; penetrad en nuestro corazón, y abrasadlo en el fuego de vuestro santo amor.

#### IV

De otras dos bellas visiones del sagrado Corazón que tuvo la beata Margarita María Alacoque

Estaba un día sor Margarita arrodillada en un patio del monasterio, próximo á la capilla del Santísimo Sacramento, ocupada en la labor que le habían encomendado, junto á un avellano que todavía se enseña hoy en Paray-le-Monial.

«Sentíme del todo recogida interior y exteriormente (dice ella misma en la memoria en que por obediencia iba notando los favores sobrenaturales que recibía), y ví el Corazón de mi adorable Jesús más resplandeciente que el sol. Parecía como envuelto en llamas; y estas llamas eran las de su amor. Estaba rodeado de Serafines que con admirable concierto cantaban: —«¡El amor triunfa!.....» ¡El amor se regocija en Dios!»

Aquellos bienaventurados espíritus me invitaban á unirme á ellos en su cántico de alabanzas al Corazón de Jesucristo; mas yo no me atrevía. Reprendieronme por esto, y me dijeron que habían venido